

Distorsión fatal

Todos andábamos perdidos, como ovejas; cada uno seguía su propio camino, pero el Señor hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros (Isaías 53: 6).

LOS JUDÍOS SE AFERRARON a su ritual y a sus sacrificios, y convirtieron su religión espiritual en un culto a la justicia propia y al mérito. Los mensajes que Dios envió posteriormente por diversos profetas tenían la finalidad de hacerles entender debidamente el ceremonial instituido por Dios. Cuando su religión se degeneró, Dios les dijo: «¿De qué me sirve este incienso que llega de Sabá, o la caña dulce de un país lejano? Sus holocaustos no me gustan; sus sacrificios no me agradan» (Jer. 6: 20). El profeta Isaías les recordó: «¿De qué me sirven sus muchos sacrificios? —dice el Señor—. Harto estoy de holocaustos de carneros y de la grasa de animales engordados; la sangre de toros, corderos y cabras no me complace. ¿Por qué vienen a presentarse ante mí? ¿Quién les mandó traer animales para que pisotearan mis atrios? No me sigan trayendo vanas ofrendas; el incienso es para mí una abominación. Luna nueva, día de reposo, asambleas convocadas; ¡no soporto que con su adoración me ofendan! Yo aborrezco sus lunas nuevas y festividades; se me han vuelto una carga que estoy cansado de soportar» (Isa. 1: 11-14).

Poco después, el profeta Isaías se centró en la verdadera finalidad de los sacrificios, cuando dijo que el Siervo del Señor, el Mesías venidero, sería llevado al sacrificio por los pecados de su pueblo: «Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores, pero nosotros lo consideramos herido, golpeado por Dios, y humillado. Él fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades; sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz, y gracias a sus heridas fuimos sanados» (Isa. 53: 4, 5). Tan distorsionado tenían el significado de sus sacrificios, que prefirieron entender estas palabras de Isaías como refiriéndose a ellos mismos, en lugar de al Mesías. Así que sus maestros les dijeron que el siervo del Señor era Israel, quien sufriría quebranto por su fidelidad a Dios.

El Cordero de Dios

En ese momento la cortina del santuario del templo se rasgó en dos, de arriba abajo (Mateo 27: 51).

SIN EMBARGO, JUAN EL BAUTISTA, inspirado por Dios, entendió la verdadera función del Mesías, cuando dijo: «¡Aquí tienen al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!» (Juan 1: 29). Esta expresión que une los términos «Cordero de Dios» con «quitar el pecado», es obviamente una alusión al ritual del santuario. Para él, por lo menos en esta declaración el Mesías haría el papel de redentor del pecado, al estilo de los corderos sacrificados para lograr la expiación en el ritual levítico.

Los primeros cristianos vieron esta conexión del ritual del santuario con la misión de Jesús, no solo en el hecho de que Jesús cumplió con su muerte los símbolos del santuario, sino que con su muerte también los hizo obsoletos. Esteban, el primer mártir cristiano, fue condenado como hereje por haber hablado contra la ley de Moisés y contra el templo, de acuerdo a los cargos que se presentaron contra él (Hech. 6: 13). Una de las primeras cosas que los cristianos abandonaron del judaísmo fueron los sacrificios por los pecados. Puesto que Jesús había muerto por el pecado del mundo, era obvio que no sintieron la necesidad de continuar ofreciendo sacrificios. Teológicamente, no era correcto, porque sería una negación de lo que Cristo había logrado por su muerte. Esteban explicó esto en las sinagogas de Jerusalén, donde lo invitaron a predicar, y atrajo el odio de los dirigentes judíos, que pensaron que era una violación de la ley y el templo.

Los judíos rechazaron a Jesús como el Mesías, y con eso se incapacitaron para entender cuál era la voluntad de Dios con respecto al sistema ritual del santuario. En la hora que Cristo murió, Dios les señaló simbólicamente cuál era el futuro de aquel santuario: La cortina del templo que separaba el lugar santo del lugar santísimo se rasgó de arriba abajo.

El Siervo del Señor

Porque ni aun el Hijo del hombre vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos (Marcos 10: 45).

JESÚS ENTENDIÓ SU MISIÓN en los términos del capítulo 53 de Isaías. Para él, quien iba a sufrir por los pecados del mundo no era Israel como nación, sino el Mesías. De acuerdo a los Evangelios sinópticos, tres veces explicó claramente a sus discípulos que su destino era morir en Jerusalén a manos de su propio pueblo. «Desde entonces comenzó Jesús a advertir a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas a manos de los ancianos, de los jefes de los sacerdotes y de los maestros de la ley, y que era necesario que lo mataran y que al tercer día resucitara» (Mat. 16: 21). Más adelante: «Mientras subía Jesús rumbo a Jerusalén, tomó aparte a los doce discípulos y les dijo: “Ahora vamos rumbo a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los jefes de los sacerdotes y a los maestros de la ley. Ellos lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen. Pero al tercer día resucitará”» (Mat. 20: 17-19). Durante la cena pascual, se refirió claramente a su muerte como un sacrificio: «Después tomó la copa, dio gracias, y se la ofreció diciéndoles: “Beban de ella todos ustedes. Esto es mi sangre del pacto, que es derramada por muchos para el perdón de pecados”» (Mat. 26: 27, 28).

Por eso, los primeros cristianos entendían el texto de Isaías sobre el “Siervo del Señor” como un pasaje mesiánico, que hablaba de la muerte vicaria de Jesús. Felipe, el evangelista, explicó este capítulo al eunuco etíope que iba leyendo precisamente Isaías: «“Dígame usted, por favor, ¿de quién habla aquí el profeta, de sí mismo o de algún otro?”», le preguntó el eunuco a Felipe. Entonces Felipe, comenzando con ese mismo pasaje de la Escritura, le anunció las buenas nuevas acerca de Jesús» (Hech. 8: 34, 35). Era claro para Felipe que la muerte de Jesús cumplió la profecía de Isaías.

Hacia una comunión perfecta

*Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros.
Y hemos contemplado su gloria, la gloria que corresponde al Hijo
unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Juan 1: 14).*

DIOS EXPRESÓ su deseo de morar con su pueblo cuando mandó a construir un santuario. El ritual tenía la finalidad de mostrar un camino de solución para el problema del pecado. El sistema de sacrificios ordenado por Dios, entonces, era de naturaleza transitoria y provisional, hasta que el pueblo madurara en su comprensión del carácter del Creador.

Como era algo transitorio, el ritual tenía las deficiencias propias de las circunstancias en las que fue dado. ¿Cuáles eran esas deficiencias? En primer lugar, no había comunión directa con Dios. El adorador no podía entrar a la presencia de Dios sin castigo de muerte. Segundo, era necesario acercarse al santuario con un sacrificio. Tercero, los sacerdotes eran los mediadores e intermediarios. Había cortinas y cercas que impedían el paso del adorador al santuario. El sumo sacerdote solo podía entrar al lugar santísimo una vez al año, y no sin antes ofrecer un sacrificio por sus pecados y los de su familia. Así que el santuario y su ritual eran un esfuerzo de parte de Dios para mantener una comunión con su pueblo. Pero el sistema no era perfecto. No representaba el ideal de Dios.

El ideal de Dios era restaurar la comunión del Edén, donde la humanidad se relacionaba cara a cara con el Creador. Para lograrlo, Dios tenía que poner fin al problema del pecado en la vida humana. El santuario fue un camino de solución, pero temporario y parcial. Dios tenía un plan para dar una solución definitiva al drama del pecado.

Con el paso del tiempo, Dios fue preparando una nueva revelación de su voluntad. El apóstol nos dice: «Pero cuando se cumplió el plazo, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, a fin de que fuéramos adoptados como hijos» (Gál. 4: 4, 5).

Unidos en Cristo

A Dios nadie lo ha visto nunca; el Hijo unigénito, que es Dios y que vive en unión íntima con el Padre, nos lo ha dado a conocer (Juan 1: 18).

DIOS TENÍA LA INTENCIÓN DE RESTABLECER la comunión directa que tuvo con el hombre en el Edén. Como parte de ese plan, envió a su Hijo al mundo con dos propósitos básicos: Solucionar el problema del pecado de manera definitiva, y unir a la humanidad consigo mediante lazos inseparables. La palabra que en nuestro texto se traduce como «habitó», en esta traducción significa literalmente plantar una tienda, edificar una morada. Dios había erigido un tabernáculo para morar con su pueblo en el desierto, ahora envía a su Hijo para morar entre los hombres. Es como si él hubiese levantado su tienda entre nosotros. Al hacerlo, hizo algo más que solo morar entre los seres humanos temporalmente. Como fue una encarnación, se unió con la raza humana mediante lazos que no se pueden romper. «Pero por la encarnación del Hijo de Dios, se cumple el propósito del cielo. Dios mora en la humanidad, y mediante la gracia salvadora, el corazón del hombre vuelve a ser su templo» (*El Deseado de todas las gentes*, p. 132).

Esta comunión de Dios con su pueblo se logra de dos maneras. Primariamente, puesto que su Hijo se hace ser humano, la humanidad y la Deidad quedan unidas. De esta manera, Dios habita con su pueblo por medio de un lazo perfecto, sin cortapisas ni impedimentos. En segundo lugar, Cristo vino a morir por el pecado, e hizo posible que Dios pueda perdonar al ser humano. Al hacerlo, queda eliminado lo que impedía la comunión, y Dios puede nuevamente habitar entre los hombres. «Cristo logró aun más que restaurar lo que el pecado había arruinado. Era el propósito de Satanás conseguir una eterna separación entre Dios y el hombre; pero en Cristo llegamos a estar más íntimamente unidos a Dios que si nunca hubiésemos pecado. Al tomar nuestra naturaleza, el Salvador se vinculó con la humanidad por un vínculo que nunca se ha de romper» (*El Deseado de todas las gentes*, p. 17).

La morada del Espíritu

¿No saben que ustedes son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes? Si alguno destruye el templo de Dios, él mismo será destruido por Dios; porque el templo de Dios es sagrado, y ustedes son ese templo (1 Corintios 3: 16, 17).

CON LA VENIDA DE CRISTO A ESTE MUNDO, se empieza a concretar el plan de Dios para la familia humana. Jesús inauguró un nuevo modo de unirnos a Dios, antes de que se concrete la unión final. Cristo anunció a la mujer samaritana que vendría un tiempo en que se adoraría a Dios en espíritu: «Pero se acerca la hora, y ha llegado ya, en que los verdaderos adoradores rendirán culto al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y quienes lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad» (Juan 4: 23, 24).

Tener comunión con Dios en espíritu no es solo adorarlo con las facultades de la mente. La mente humana sola no puede entrar en comunión con Dios como él lo desea. La adoración espiritual debe ser motivada por el Espíritu Santo. El ser humano debe ser guiado por la tercera persona de la Deidad en esta empresa. La presencia del Espíritu divino en la vida humana fue una de las bendiciones que trajo la venida de Cristo a esta tierra. Es a través de su Espíritu como Dios mora con su pueblo en su peregrinaje terrenal: «¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios?» (1 Cor. 6: 19); «Porque nosotros somos templo del Dios viviente. Como él ha dicho: “Viviré con ellos y caminaré entre ellos. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”» (2 Cor. 6: 16).

Ya vimos que la comunión perfecta con Dios se alcanzará en la tierra nueva. Aquí en la tierra y en la vida actual podemos tener comunión con Dios solo por el Espíritu que nos ha dado. Esta bendición es parte de las bendiciones que se gozan por estar en Cristo.

Adorar en el Espíritu

Pues los que rinden culto, purificados de una vez por todas, ya no se habrían sentido culpables de pecado. Pero esos sacrificios son un recordatorio anual de los pecados, ya que es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados (Hebreos 10: 2-4).

EL SANTUARIO DEL DESIERTO Y LOS TEMPLOS sucesivos de Israel fueron el intento de Dios de solucionar el problema del pecado, que impedía la comunión con Dios. Los sacrificios de animales recordaban al pueblo que Dios tiene una solución para el problema del pecado. Pero el sistema ritual era imperfecto, a causa de la imperfección humana. La sangre de animales no podía limpiar la conciencia. El acceso a Dios tenía limitaciones de espacio. Pero en general, anticipaba el día cuando Dios enviaría al Mesías como la verdadera ofrenda por el pecado, y quien inauguraría un acceso diferente al Creador.

Con el advenimiento de Cristo se avanzó a una religión más espiritual, sin límites geográficos ni nacionales. Una religión trascendente y universal. Esto es posible por la comprensión de Cristo como nuestra ofrenda y sacrificio por el pecado, y como intercesor y sumo sacerdote en el santuario celestial. Por medio de él podemos acercarnos a Dios espiritualmente y sin impedimentos: «Tenemos el privilegio de contemplar a Jesús por la fe y verlo de pie entre la humanidad y el trono eterno. Él es nuestro Abogado que presenta nuestras oraciones y ofrendas como un sacrificio espiritual a Dios. Jesús es la gran propiciación sin pecado y, mediante sus méritos, Dios y el hombre pueden practicar juntos» (*A fin de conocerle*, pp. 27, 28).

El sacrificio Cristo preparó el camino para aquel día cuando el plan de Dios para la familia humana se concrete definitivamente; cuando podremos tener comunión directa con el Creador. Este es el ideal de Dios para sus hijos. Por eso, el Apocalipsis dice que en la tierra nueva no habrá templo (21: 22). No habrá cortinas ni puertas ni intermediarios. La comunión del Edén será restaurada para siempre. Lo veremos cara a cara.